

Sea que el pié fugitivo en danzas guie,
 Sea que al sonoro acento
 De su arpa, herida en delicioso tono,
 Rinda las almas y embebezca el viento!
 Subidla luego al resplandor del trono;
 Y á su aire augusto, á su ademán divino,
 Veréis la tierra enmudecer, postradas
 Ante ella las naciones,
 Y en aplausos sin fin y adoraciones,
 Sus destinos cifrar en su destino.
 ¿Qué la beldad no alcanza
 Cuando se une al poder? El mismo cielo
 Obedece á su anhelo,
 Si al cielo acaso conmovier le agrada:
 A una sola voz suya, á una mirada,
 Apaga Jove el iracundo rayo,
 Depone Marte la sangrienta espada.
 ¿No es tal, sacra Parténope, la excelsa
 Joven real, cuya dorada cuna
 Tú ya meciste en su primer oriente?
 Ella en su faz purpúrea y noble frente
 Lleva escrita su gloria y su fortuna.
 Y espléndida y riante
 Se lleva por los campos de la vida,
 Cual la estrella de amor, cuando en el cielo
 Por los espacios lóbregos se lanza
 A abrir la puerta al venidero día;
 Y brilla con la luz de la alegría,
 Y es bella como es bella la esperanza.
 ¿No es ésta ya la que á la régia silla
 Destina alegre el hado,
 Con el pueblo español ménos airado?
 ¿La misma que en la orilla
 Del Sebeto feliz creció primero
 A ser delicias del Monarca Ibero,
 Y astro de paz benéfico á Castilla?
 ¡Oh cuánto tarda ya! ¡Cómo no llega,
 En alas de los céfiros traída,
 A contentar al público deseo?
 Tú, que el soberbio tálamo preparas,
 Mira arder el incienso ante las aras
 Y vén á nuestra voz, santo Himeneo.
 La sien ceñida de amaranto y rosas,
 Con apacible vuelo
 Del Olimpo á la tierra tú descendes:
 Por do quiera que tiendes
 Las alas vagarosas,
 Huyen las nubes, se serena el cielo;
 Y de la antorcha al sacudir la llama
 Que la adorable esposa á Ibéria guía,
 Del Ebro á Guadarrama
 Que todo se penetre en tu ambrosia.
 Todo te aplauda; en resonantes himnos
 Todo se inunde: el monte
 Los diga al valle, y los repita el río,
 Y los aprenda el mar. ¡Ella aparece!
 ¿No veis cuál resplandece
 Del arbol del alba enrojecida,
 Por las gracias ornada,
 Y de alta gloria y majestad cercada?
 ¿No veis cómo á los rayos de su frente
 Todo con grata admiración se inclina?
 Ella es; la angusta Reina de Occidente:
 Ella es; la amable y celestial *Cristina*.
 Nombre adorado, y en España ahora
 Primera vez oído, ¡oh! siempre seas
 Con tanto amor y gratitud cantado
 Como hoy estás de aclamación seguido!
 Estrechamente al de Fernando unido,
 Escrito en letras de oro centelleas;
 Y en medio á los magníficos festones,
 A las bellas guirnaldas con que el arte
 Tu cifra con la suya enlazar pudo,
 Es más estrecho el nudo
 Con que la voz del regocijo alzando
 Su alborozado aplauso al raudo viento,
 Suben juntos á herir el firmamento
 Los nombres de *Cristina* y de *Fernando*.
 Vén, pues, y de tu estirpe, oh nueva esposa,
 La fortuna recibe: orne tu frente
 La diadema esplendente
 Que pases luego á tu prole hermosa.

Aquí nació tu madre virtuosa;
 De aquí el destino á la dichosa Italia
 Nos la robó; y al saludar contigo
 Este albergue real, un tiempo suyo,
 Ufana de la luz que la acompaña,
 Decir parece á su querida España:
 «Aun más que te debí te restituyo.»
 ¿Qué te suspende, oh Musa? Ya á Himeneo
 Con su doble guirnalda
 Ceñir la sien de los esposos veo:
 Ya el áureo velo tiende.... ¡Oh! No te atrevas
 Más adelante á penetrar.... Un día
 La antigua poesía
 En el canto nupcial plácido y leve
 De amor el triunfo celebrar solía;
 Cuando, más halagüeña que sublime,
 La zozobra pintaba, el gozo, el llanto,
 El inefable encanto
 Del tierno pudor, que cede y gime,
 Y tanto halago y tanto
 De que entónces te adornas, oh hermosura,
 Para más abrazar: la ufana rosa,
 Cuando á besarla llega
 El céfiro, amorosa
 La pompa así de su beldad despliega.
 No empero igual licencia, oh Musa mía,
 Te es permitida á ti; mayor reserva
 Se debe á la deidad alta y triunfante,
 Venus sin duda en su gentil semblante,
 Pero en decoro y majestad Minerva.
 Deja ese tono, pues, de mil ya usado,
 Y cantado ya á mil: diverso acento
 En este gran momento
 Deberá ser el tuyo, otras las sendas
 Son que el délfico Dios abre á tu gusto;
 Y cuando al són del plectro el aire hondas,
Cristina y la virtud te oigan sin susto.
 Desde ese trono excelso en que sentada
 Los ámbitos de Ibéria señoreas,
 Tiende la vista y mira en todas partes
 Arcos sublimes, títulos, trofeos
 Y fiestas en tu honor: dulce tributo
 Que vuelto en gala el doloroso luto
 Rinde á tus plantas la nación hispana.
 Recibe tú su amor y sus deseos;
 Recíbelos, oh ninfa soberana,
 Con dulce afecto á sus plegarias pío;
 Y la suprema voluntad doblando
 Del amante Monarca á tu albedrío,
 Haz de tus ojos al clemente fuego,
 Benigno el mando y poderoso el ruego.
 Que bien esta región merecedora
 Es de tu afán y maternal cuidado:
 Mira con cuánto agrado
 La favorece el sol, qué rico el suelo,
 Qué apacible es el aire; en donde quiera
 Verás la primavera
 Florecer y reir; y el siglo de oro
 Renovado á tu voz, la dura encina
 Y envejecido roble
 De su áspero cabello
 Miel para tí destilarán, *¡Cristina!*
 ¿Buscas un bello clima? ¡Este es tan bello!
 ¿Buscas un pueblo noble? ¡Este es tan noble!
 ¿Acaso palmas del honor preguntas?
 El mundo te responda, que asombrado,
 Por la española intrepidez doblado,
 Apenas pudo contenerlas juntas.
 Su número fué escándalo; y la suerte,
 El cáliz de favor con que algún día
 Nos embriagó falaz, trocó á rigores:
 Dos siglos de dolores
 Vanse á cumplir, y aún viva
 Parece arder su saña vengativa.
 ¡Oh discordia! ¡Oh rencor! Tristes pasiones,
 Ministras viles de venganza extraña,
 Y ajenas tanto al corazón de España,
 ¿No es tiempo ya de que ceséis? ¡No es tiempo
 De que sus hijos alcen
 La frente al cielo con vigor? ¡Pudieran
 Los castellanos pechos,
 A tal fortuna y contratiempos hechos,

Ser tan grandes aún, si ellos quisieran!
 Y habrán de serlo al fin: que decretado
 Sin duda fué por el querer del cielo
 Este enlace magnífico y sagrado
 Para bien de un gran pueblo. ¡Oh digna esposa
 Del Monarca español, fiel compañera
 De su incesante afán y alto desvelo!
 Tú en obra tan sublime
 Asístete eficaz; triunfo debido
 Es ése á tu candor, á tu hermosura,
 A tu espíritu excelso.... ¡Quién me diera
 Romper el velo que la edad futura
 Entre sombras esconde, y ver mi España
 Acorde dentro, respetada fuera,
 Vuelta á la gloria y rica de ventura!
 Acelerad, oh cielos, tales días,
 Y salgan ciertas las promesas mías.
 ¡Oh, cómo el genio imitador entónces
 El inmenso caudal que en sí atesora
 Desplegará, y en mármoles y en bronces
 La efigie hermosa y los ilustres hechos
 Dará de la inmortal restauradora!
 ¿Podrá á tanto bastar la fantasía?
 ¡Ah! mientras que á porfía
 Las artes ostentando sus primores
 Contendán en su honor, en medio alzada
 Con dulce exaltación y ardiente brío
 Dirá la gratitud: «Vuestros loores
 No pueden ser eternos sin el mío.
 Este es el perdurable, el verdadero,
 El que conviene á su bondad divina:
 Yo la grabé en el pecho al pueblo ibero
 Cuando en letras de amor puse: *¡Cristina!*
 1829.

ROMANCES.

I.

La diversion.

El amor se ha desprendido
 De los brazos de su madre,
 Y alegrando el universo,
 Se está suspenso en el aire.
 El os contempla, zagalas,
 Y mirándoos se complace
 Al ver las gracias que os dicron
 Las estrellas liberales.
 El al placer os convida,
 Al regocijo y al baile;
 ¿Y seréis sordas vosotras
 A sus influjos suaves?
 ¡Mirad cuál todo se anima!
 De flor se visten los valles,
 De hierba se cubre el campo
 Y el viento pueblan las aves.
 Animáos también vosotras;
 Gozad la estación amable,
 Que sobrada vida os queda
 Para devorar pesares.
 Más rápido que una flecha
 Que vuela hendiendo los aires,
 El tiempo vuela y se muere,
 Muere el tiempo y no renace.
 Tiempo vendrá en que os aflijan
 Las memorias lamentables,
 De placeres que perdisteis,
 De horas que desperdiciásteis.
 Ea, pues; que nada se pierda,
 Salid alegres al baile,
 Los instrumentos resuenen
 Y la risa os acompañe.
 Vén tú, la alegre zagala,
 Atención de mil amantes,
 Y cuyos ojos, si miran,
 No hay corazón que no abrasen.
 Plácidamente severa,
 Severamente agradable,

Te acompañará tu hermana
 Y alentaréis todo el valle;
 Mientras que á encantarnos venga,
 Mientras que enlazada sale
 Con la gallarda Belisa
 La linda y modesta Dafne.
 Vén tú, en fin, ninfa divina,
 Vén, en fin, y no te tardes,
 Tú, en cuya tez los claveles
 Con la azucena combaten;
 Tú, en cuyos labios de rosa
 Fabrica amor sus panales,
 Y en cuyo soberbio seno
 El placer viene á posarse.
 ¡Dichoso aquel que tu beldad admira,
 Que tus gracias contempla atentamente,
 Que el blando influjo de tu genio siente,
 Que de amor puede hablarte, y que suspira!
 Mérida, 1792.

II.

A Dafne, en sus días.

Á aquella airosa andaluza
 Que en las riberas de Cádiz
 Es, por lo negra y lo hermosa,
 La esposa de los cantares;
 A la que, en el mar nacida,
 La embebió el mar de sus sales,
 Cada ademan una gracia,
 Cada palabra un donaire;
 Vé volando, pensamiento,
 Y al besar los piés de Dafne,
 Dile que vas en mi nombre
 A tributarle homenajes.
 Hoy son sus alegres días,
 Mira cuál todo la aplaude;
 Ménos fuego el sol despide,
 Más fresco respira el aire.
 Los jazmines en guirnaldas
 Sobre su frente se esparcen;
 Los claveles en su pecho
 Dan ciencias más suaves.
 Y ya que yo, sumergido
 En el horror de esta cárcel,
 Ni aún en pensamiento puedo
 Alzar la vista á su imagen,
 Rompe tú aquestas prisiones,
 Y vuela allá á recrearte
 En el raudal halagüeño
 De su sabroso lenguaje.
 Verás andar los amores
 Como traviesos enjambres,
 Ya trepando por sus brazos,
 Ya escondiéndose en su talle,
 Ya subiendo á su garganta
 Para de allí despeñarse
 A los orbes deliciosos
 De su seno palpitante.
 Mas cuando tanto atractivo
 A tu placer contemplares,
 Guárdate bien, no te ciegues
 Y sin remedio te abrases.
 Acuérdate que en el mundo
 Los bienes van con los males,
 Las rosas tienen espinas
 Y las auroras celajes.
 Vistióla, al nacer, el cielo
 De aquella gracia inefable
 Que embelesa los sentidos
 Y avasalla libertades.
 Los ojos que destinados
 Al Dios de amor fueron ántes,
 Para que en vez de saetas
 Los corazones flechase,
 A esa homicida se dieron
 Negros, bellos, centellantes,
 A convertir en cenizas
 Cuanto con ellos alcance.
 Y cuentan que amor entónces
 Dijo, picado, á su madre:

Pues esos ojos me ciegan,
Yo quiero ciego quedarme.
Venza ella al sol con sus rayos;
Pero también se adelanta
En su mudanza á los vientos,
En su inconstancia á los mares.
Y fué así. Las ondas leves
Que van de margen en margen,
Los céfiros que volando
De flor en flor se distraen,
No más inciertos se miran
En sus dulces juegos, Dafne,
Que tú engañosa envenenas
Con tus halagos fugaces.
Dime, ¿aún se pinta el agrado
En tu risueño semblante,
Y respiran tus miradas
Aquella piedad suave,
Para con ceño y capricho
Desvanecerla al instante,
Trocar la risa en desvío
Y el agasajo en desaires?
Y dime, á los que asesinas
Con tan alevosas artes,
¿Los obligas aún, crüel,
A consumirse y que callen?
Mas no importa: que padezcan
Los que en tu lumbre se abrasen;
Que tú, con sólo mirarlos,
Harto felices los haces.
Yo también, á no decirme
La razón que ya era tarde,
Y á presumir en mis votos
El bello dón de agradarte,
Te idolatrara, tú fueras
La mayor de mis deidades;
Pero ¿quién es el que amando
No anhela por que le amen?
De amigo, pues, con el nombre
Fué forzoso contentarme;
Pero de aquellos amigos
Que en celo y fe son amantes.....
Basta, pensamiento; vuelve,
Vuelve ya de tu mensaje,
Y una sonrisa á lo ménos
Para consolarme trae.

16 de Julio de 1815.

III.

La fuente de la mora encantada.

Oye, Silvio, ya del campo
Se va á despedir la tarde,
Y no es bien que aquí la noche
Con sus sombras nos alcance.
Ya el redil busca el ganado,
Ya se retirán las aves,
Y en pavoroso silencio
Se ven envueltos los valles.
Y tú en tanto embebecido,
Sin atender ni escucharme,
Las voces con que te llamo
Dejas que vayan en balde.
¿Qué haces, Silvio, en esa fuente?
¿Tan presto acaso olvidaste
Que los padres nos la vedan,
Que la maldicen los madres?
Mira que llega la hora;
Huye veloz y no aguardes
A que el encanto se forme,
Y que esas ondas te traguen.
¡Vente!... Mas ya no era tiempo:
La fascinadora imagen
Reverberaba en las aguas
Con sus encantos mortales,
Como ilusión entre sueños,
Como vislumbre en los aires,
Incierta al principio y vaga,
Se confunde y se deshace;
Hasta que al fin más distinta
En su apacible semblante,

De sus galas la hermosura
Hace el más vistoso alarde.
La media luna que ardia
Cual exhalacion radiante
Entre las crespas madejas
De sus cabellos suaves,
Mostraba su antiguo origen
Y el africano carácter
De los que á España trajeron
El alcoran y el alfanje.
Mora bella en sus facciones,
Mora bizarra en su traje,
Y de labor también mora
La rica alfombra en que yace,
Toda ella encanta y admira,
Toda suspende y atrae
Embargando los sentidos
Y obligando á vasallaje.
Mirábala el pastorcillo,
Entre animoso y cobarde,
Queriendo á veces huilla,
Y á veces queriendo hablalle;
Mas ni los piés le obedecen
Cuando pretende alejarse,
Ni acierta á formar palabras
La lengua helada en las fauces.
Sólo la vista le queda
Para mirar, para hartarse
En el hermoso prodigio
Que allí contempla delante.
Ella al parecer dormia;
Mas de cuando en cuando al aire
Unos suspiros exhala
De su seno palpitante,
Que en deliciosa ternura
Convierten luego y deshacen
El asombro que su vista
Causó en el primer instante,
Y abriendo los bellos ojos,
Tan bellos como falaces,
A él se vuelve, y querellosa
Le dice con voz suave:
— «¿Viniste al fin? ¿Qué de siglos
De esperanzas y de afanes
Me cuestras! ¿Dónde estuviste,
Que tanto tiempo tardaste?
Mirame aquí encadenada
Por la maldición de un padre,
A quien dieron las estrellas
Su poder para encantarme.
«Vive ahí, me dijo iritado,
Ten esa fuente por cárcel;
Sé rica, pero sin gustos;
Sé hermosa, pero sea en balde.
» Enciéndante los deseos,
Consumante los pesares,
De noche sólo te muestras,
Y el que te viere se espante.
» Y pena así hasta que encuentres,
Si es posible que le halles,
Quien ahí osado se arroje
Y entre esas ondas te abraze.»
» Ya otros ántes han venido,
Que, pasmados al mirarme,
El bien con que les brindaba
Se perdieron por cobardes.
» No lo seas tú: aquí te esperan
Mil delicias celestiales,
Que en ese mundo en que vives
Jamás se dan ni se saben.
» Ven, serás aquí conmigo
Mi esposo, mi bien, mi amante;
Vén...»; y los brazos tendia
Como queriendo abrazarle.
A este ademán, no pudiendo
Ya el infeliz refrenarse,
En sed de amor abrasado,
Se arroja al pérfido estanque.
En remolinos las ondas
Se alzan, la víctima cae,
Y el ¡ay! que exhaló allá dentro
Le oyó con horror el valle.

IV.

A Somoza (1).

En vano el ingenio animas,
Que ya olvidado reposa,
Y de mi lira pretendes
Que á tus acentos responda.
¡Versos yo! Si los cantara
Entre estas ásperas rocas
Y en estos campos ingratos,
Aborrecidos de Flora,
¿Cómo pudiera vestirlos
De la elegancia y la pompa
Con que los hijos de Apolo
Dan vida eterna á sus obras?
Quizá lo fui yo algún día,
Y la délfica corona
Refrescó tal vez mis sienas
Con el verdor de sus hojas,
Cuando del padre Oceáno
Canté el poder y la gloria,
Escuchándome las ninfas
Y aplaudiéndome las ondas;
O cuando rayos lanzaba
Al opresor de la Europa,
En ecos ántes no usados
De las Musas españolas.
Huyó aquel tiempo: los años,
Las desventuras me agobian,
Y lo que ántes fué osadía,
En desaliento se torna.
Huyó aquel tiempo, y no es fácil
Que yo con fuerzas tan pocas,
Para que el mundo me escuche,
Mi largo silencio rompa.
Cantén los que son dichosos;
Pero el infeliz que llora,
Guarde para sí el gemido
Y sus lástimas escondas;
Que las orejas del mundo
Son esquivamente sordas
Al lamentador poeta
Que, en vez de cantar, solloza.
Cuando de la vida mia,
Ahora ya tan borrascosa,
Pero entonces tan serena,
Comenzó á rayar la aurora,
Mil grandiosas esperanzas
Eran mi existencia toda,
Que el ánimo me exaltaban
Entre ilusiones hermosas.
La libertad y la patria,
Con la luz que las corona,
La beldad con sus encantos,
Con sus laureles la gloria,
Númenes fueron celestes,
Que mi alma nueva y fogosa,
Postrada ante sus altares,
Adoraba á todas horas.
¿Qué de incienso entre mis manos!
¿Cuántos himnos de mi boca
Salieron, poblando el aire
De alabanzas y de aromas,
Que despues cambió la suerte,
Tan temeraria y tan loca,
En ponzoña que me abrasa,
Y en dogales que me ahogan!
¿Dónde os fuisteis desde entonces,
Imágenes deliciosas,
Pensamientos grandes, dónde,
Dónde aquel númen?... Perdona,
Dulce amigo, si tan léjos,
Donde la suerte me estorba
El bálsamo saludable
De tu voz consoladora,
Mi corazón, hostigado
De tan acerbadas memorias,
A la hiel del desaliento
Tristemente se abandona.

(1) Es don José Somoza, cuyas poesías líricas hemos incluido en el presente tomo.

¿Quieres que cante? Pues alza
De sus ruinas lastimosas
Ese templo, cuya afrenta
A ira y lástima provoca:
Saca á la infeliz España
De la profunda mazmorra
En que aherrojada la tiene
La iniquidad de la Europa;
Despierta en sus hijos viles
Aquel sentimiento de honra
Que un tiempo los alentaba
Al laurel y á la victoria;
Y entonces quizá se anime
Mi voz trabajada y ronca,
Y á lucir vuelva en mi frente
Del genio la sacra antorcha.
Entonces también mi lira...
Mas ¿qué esperanza traidora
A tal delirio me lleva
Con sus falaces lisonjas?
Nunca ya en las manos mias,
Compañera de mis glorias,
Te verás, hinchendo el aire
Con tu voz majestuosa,
Lira de oro; nunca. Un día,
Como prenda ó como joya
Brillante, en las nobles aras
De mi patria victoriosa
Cayó, y del ciprés infausto
Que á su sepulcro da sombra,
Para padron ó escarmiento,
Te miras pendiente ahora.
Allí la lluvia te ofende,
Allí los vientos te azotan,
Y algun esclavo que pasa
Con vil furor te baldona.
Yo sé que tú te estremeces,
Y en tus cuerdas, aunque rotas,
Algun eco sordo se oye
De indignacion y congoja.
Sufre ¡oh lira! igual destino
A tu triste dueño acosa,
Juguete de la fortuna,
Que en sus afrentas se goza.
El calla; imita su ejemplo,
Y desamparada y sola
Déjate mecer del aire,
Guarda silencio y reposa.

Abril de 1826.

Á LICÓRIS,

consolándola de una ingratitud.

ENDECHAS.

¿Por qué de tus penas
Ir siempre seguida?
El duelo importuno
¿Por qué no mitigas?
¿No ves que, cebadas
Así las desdichas,
Estragan, Licóris,
La flor de la vida?
Ya un año ha corrido,
Y el mal que te agita,
Pintado con llanto
Se ve en tus mejillas;
Tus ojos hermosos
Están todavía
Mirando el camino
Que lleva á Castilla;
Y al amado ausente,
Que crüel te olvida,
En alas del viento
Mil quejas envias.
Gustando memorias,
Soñando delicias,
Que luego, despierta,
Se tornan acibar,
Engañas las noches,
Consumes los días,

Y el dardo en tu pecho
 Más hondo se fija.
 ¡Ay, que los ingratos
 No valen, amiga,
 Los crudos pesares
 Que da su perfidia!
 Ya del año rie
 La estación florida
 Y vuelve á los campos
 La antigua alegría.
 Vuelve tú á la tuya,
 Y las auras mismas
 Que el lóbrego luto
 De invierno disipan,
 También desvanezcan
 Con ala benigna
 Tus negros cuidados,
 Tus penas esquivas.
 Torne á tu semblante
 Tu apacible risa;
 Las galas te adornen,
 Los gustos te sigan.
 Que en honda tristeza
 No quiere que giman
 La diosa de Gnido,
 Las Gracias festivas.
 Tan amable asco,
 Discreción tan fina,
 Y un pecho en que reinan
 Verdad y justicia,
 Son prendas, zagala,
 Que siempre cautivan,
 Y es bien ciego el hombre
 Que infiel-las olvida.
 Tú de sus mudanzas
 La venganza fia,
 Que el cielo á los tales
 Con ellas castiga.
 Llegará, no dudes,
 Tiempo en que se rinda
 A quien su cariño
 Le pague en delicias.
 Y desesperado
 Volverá la vista,
 Lanzando suspiros,
 Á la Andalucía.—
 Así abandonada,
 Del mar en la orilla
 La suerte lloraba
 De Minos la hija.
 ¿Qué fué del ingrato
 Que así la afligia
 Y ejemplo dió al orbe
 De tanta perfidia?
 Abrazos helados
 Y falsas caricias
 Le daba tan sólo
 Su cómplice indigna.
 Que adúltera luego,
 Furiosa, perdida,
 Llenó sus penates
 De eterna ignominia.
 Ariadna entre tanto
 Gozaba en su isla
 Consuelos de dioses
 Regalos de ninfas;
 Y esposa de un núnen,
 Al cielo subida,
 En trono de estrellas
 Espléndida brilla.

Marzo 18 de 1825.

VERSOS PARA LOS ÁLBUMS DE VÁRIAS DAMAS.

I.

A la señorita doña María Encarnación Fernandez de Córdoba (1),
 hija de los Marqueses de Malpica, á ruego de su tía la Marquesa
 de Cerralbo.

Tarde este libro á tus manos
 Se vuelve, niña gentil,
 Con el tributo de versos
 Que me piden para tí.
 Bien quisiera yo que fueran
 Dignos de tu verde Abril,
 Tan frescos como la rosa,
 Tan puros como el jazmin;
 Y que volando atrevido
 A modo de aura sutil,
 Las alas de los amores
 Te pareciera sentir.
 A haber gozado un momento
 De tu amable trato, al fin,
 Fueran más bellos, sin duda,
 Como inspirados por tí.
 Una vez sola, al pasar,
 Cual relámpago te vi,
 Y no es más dulce la aurora
 Cuando comienza á reir.
 Y al ver la gracia y la gala
 Con que brillabas allí,
 Entre las danzas festivas
 De las bellas de Madrid,
 ¡Bien dichoso es quien la adora!
 Sin poder más, prorumpí,
 ¡Y el que le deba un suspiro,
 Mil y mil veces feliz!
 No pienses tú que desdece
 Este acento juvenil
 De los años que severos
 Ya se agolpan sobre mí,
 Pues aunque no deba amar,
 ¡Por qué no podré aplaudir
 En el tributo de versos
 Que me piden para tí?

18 de Junio de 1825.

II.

A la señora doña Dolores Perinat de Pacheco.

Obedezco, y mi nombre en este pliego
 Pongo con mano incierta y temerosa;
 Porque versos escritos á una hermosa,
 Otra edad necesitan y otro fuego.
 Viniera á mí tan poderoso ruego
 Al tiempo de mis años juveniles,
 Cuando al brillante sol de Andalucía,
 En mí algun rayo de entusiasmo ardía.
 Mas ya agobiado con setenta abriles,
 ¡Pudiera yo cantar, y en versos bellos
 Dar mi feudo poético á Dolores
 Tal que la luz se reflejase en ellos?
 Es imposible; en vano de las Musas
 Implorará el favor: ellas lo niegan,
 Y á cláusulas discordes y confusas
 Mi ya exánime acento al fin entregan.
 Virgenes son: cual virgenes lozanas
 A la vejez se muestran desdofiosas,
 Y de la vista de Saturno huyen,
 Que agosta y quema sin piedad las rosas.

24 de Mayo de 1843.

III.

A la señorita doña T. F. y B.

Capricho al fin de mujer,
 Que, niña amable y hermosa,

(1) Hoy marquesa de Santa Cruz.

Piensa que no hay en el mundo
 Quien á su gusto se oponga,
 ¡Desgraciado así este libro
 Desde las primeras hojas,
 Y que las manche un anciano
 Con su verso ó con su prosa!
 ¿Quién te engañó, Teresita,
 Para que pidas ahora
 A un árbol caduco flores,
 A una árida peña aromas?
 Esto ya ves que no es dable
 Ni aun á tus labios de rosa,
 Ni á tu ademán inocente,
 Ni á tus ojos de paloma.
 Los muchos años, amiga,
 De las gracias nos divorcian,
 Y á quien las gracias le faltan,
 Nada espere de vosotras.
 Los requiebros os dan risa
 Si salen de nuestra boca,
 Las atenciones os cansan,
 No os obligan las lisonjas;
 Y si algun consejo os damos
 De nuestra cosecha propia,
 Decís que á quien no los pide,
 Todos los consejos sobran.
 Por eso en aquestos libros,
 Archivos de vuestras glorias,
 Donde guardais el incienso
 De los hombres que os adoran,
 Entre mil rasgos brillantes
 De sus plumas ingeniosas,
 Impertinencias de viejo
 Da lástima que se pongan.
 Cesó, pues, aquí en las mias,
 Y en verdad que no son pocas;
 Mas tú las disculparás,
 Por amable y por hermosa.

Madrid, 14 de Setiembre de 1843.

IV.

A la señorita doña Dolores Fajardo.

Rosa que nace en el jardín cercado,
 Del viento acariciada y del rocío,
 Crece allí con lozano señorío
 Del pié rústico libre y del arado:
 Así, Dolores, tú, bajo el sagrado
 Del albergue paterno recogida,
 Gozas la aurora de la dulce vida
 Exenta de peligro y de cuidado.
 Mas no siempre en la rama protectora
 La rosa puede estar: llega su día,
 Y el amante solícito la lleva
 Como ofrenda votiva á su señora.
 Tú eres feliz é independiente ahora;
 Mas también pasarás por esta prueba
 Cuando, asiendo tu mano, el Himeneo
 Del seno de tu padre cariñoso
 Te lleve á las delicias de un esposo.
 ¡Détele Dios igual á tu deseo!
 ¡Détele amable, firme, generoso,
 De condicion benévola y sincera,
 Que como á esposa sin igual te estime,
 Y como á dama sin cesar te quiera!

V.

A la señorita doña M. D.

De cuantos en este libro,
 Ya con versos elegantes
 O ya con prosa ligera,
 Te tributen su homenaje,
 Unos serán tus amigos,
 Otros quizá tus amantes,
 Y todos en tu alabanza
 Procurarán esmerarse.
 Quién dirá que á Apéles vences
 En dar la vida á un semblante,
 Cuando juega entre tus dedos
 Tan maravilloso el lápiz;

Quién, si tu sutil aguja
 Oro y matices reparte
 Sobre los lienzos que animas
 Con tu labor admirable,
 Dirá que asistir pudieras
 Al fabuloso combate
 En que igualar á Minerva
 Le costó tan caro á Aracne;
 Quién, cuando á tus formas bellas
 Das movimiento en el baile,
 Y en mil gratos laberintos
 Llevas tus plantas fugaces,
 Te dirá que en cada vuelta
 Tu gentileza y donaire,
 Como embelesan los ojos,
 Arrastran las voluntades.
 ¿Qué no dirán? Mas yo dudo
 Que, por mucho que se afanen,
 Donde llegan tus primores
 Sus alabanzas alcancen.
 No te diré que á las mias
 Fuera la empresa más fácil;
 Pero tendrán de sinceras
 Lo que de halago les falte.
 El que fué tan caro amigo
 De tu generoso padre,
 Y gozó en su dulce trato
 Tantas horas agradables;
 El que te vió tantas veces,
 Niña, en brazos de tu madre,
 Con tus pueriles caricias
 Pagar sus besos suaves;
 Ese, al preguntar si alguno
 Con más véras que él te aplaude,
 Razon será que le crean
 Cuando responda que nadie.

VI.

A la señora doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda.

Ya la corona lírica tus sienes
 Con no usado esplendor ceñido habia,
 Cuando tú, en tu magnánima porfia,
 Lauro mayor á tu ambición previenes:
 Y á vista de Madrid estremecido,
 Su puñal á Melpómene arrebatas,
 Y al noble Munio en su dolor retratas,
 Librándole por siempre del olvido (1).
 Aspira á más; y si el valor guerrero
 Tal vez tu núnen sin igual inflama,
 Dale aliento á la trompa de la fama
 Y venza en fuerza y majestad á Homero.
 Así crezca tu honor, Musa española.
 Sé del Parnaso gloria y esperanza,
 Y el mundo te tribute la alabanza
 Que nadie mereció sino tú sola.

Madrid, 24 de Junio de 1844.

VII.

Á la señorita doña Flora de Ferrer.

¿Qué pondré en verso yo aquí
 Para Flora de Ferrer,
 Que á su oído delicado
 Pueda llegar sin desden?
 Galanterías desdícen
 De mi enfadosa vejez;
 Consejos, son importunos;
 Lisonjas, yo no las sé.
 Mas diréle de su padre
 Que le conocí y amé,
 Y aunque han pasado ocho lustros,
 Es como si fuera ayer.
 Que unas miras, un deseo
 Y una solícita fe
 Estrecharon estos lazos,
 Que no se han roto despues.

(1) Alude al drama trágico *Munio Alfonso*, de la señora Gomez de Avellaneda, representado por primera vez, en Madrid, en la primavera de 1844. (Nota del Colector.)